

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

## EL GUSANO.

Risible me ha parecido siempre la credulidad de los discípulos de Pitagoras y de Platon que atribuian á la lira de Amfion y de Orfeo la virtud mágica de poner en movimiento á los árboles y las piedras, y no menos ridícula me pareció siempre la formalidad con que Agripa, Paracelso y el mismo Plinio afirmaron que ciertas palabras de cierto modo combinadas contenian maravillosa eficacia para realizar en el mundo fisico extraordinarios fenómenos y estupendos prodigios, hasta el punto de que pronunciadas por el hombre, podia éste detener á su antojo el curso del cielo y el movimiento de la tierra, trastornar los elementos, dar muerte á los vivos, y restituir la vida á los muertos. Por ventura habian oido

estos sábios, crédulos en demasia, que Zoroastro habia creado el fuego con sus mágicas cantinelas; que Pitagoras habia domesticado un águila de tal modo que filosofaba con ella, y con ella resolvía los mas arduos problemas; que Erico entre los Godos producía los huracanes con el movimiento de sus cabellos; que la hechicera Circe, citada por Homero, transformaba á los amantes que á ella se acercaban, en varias especies de animales, segun su capricho; y como quiera que estos hechos sean verdaderas fábulas, ó fenómenos producidos por virtud diabólica, pensaban ellos que se debían á la portentosa eficacia de ciertas palabras mal articuladas.

Mejor es dejar la fábula, y hablar con la verdadera historia, para conocer realidades consola-

doras, verdaderos y saludables prestigios, sobrenatural y santificadora virtud de palabras divinas que obran en el hombre, sublimes transformaciones, que tranquilizan su conciencia, iluminan su espíritu, cambian sus sentimientos, y le trasladan del cieno del pecado y de los vicios que le envilecen y atormentan, al cielo de la santidad y de las virtudes que le hacen verdadera imágen de Dios, compañero de los ángeles y heredero de su gloria.

¿Quereis saber qué palabras son estas dotadas de un poder tan grande y de tan soberana eficacia? Son palabras divinas, pronunciadas por lábios humanos. Jesucristo pronunció esas palabras, y obró en los cuerpos y en las almas prodigios de luz, de santidad, y de maravillosa transformación. Después encargó a los Sacerdotes, continuadores de su obra, que pronunciasen las mismas palabras, y cuando las pronuncian en su nombre y como ministros suyos, realizan los mismos y aun mayores prodigios. «Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; hé aquí el talisman que realiza en el orden moral prodigios más estupendos que los obrados por la

voz de Dios Creador en el mundo físico. Y especialmente están dotadas esas palabras divinas de un poder también divino para matar el gusano roedor de la conciencia culpable como veremos, en las siguientes reflexiones que servirán para bendecir la bondad de Dios que ha puesto en su Iglesia una institución sublime porque es divina para dar vida a las almas muertas, pureza a las costumbres corrompidas, vigor y nobleza a las familias degradadas, orden, robustez y armonía a las sociedades conturbadas y decrepitas con la decrepitud del vicio.

Z. M.

(Se continuará.)

---

## VARIETADES.

---

### EL MEDIO POLLITO.

Vosotros los que vais siempre a caza de noticias, y forjais historias sobre una patraña; no os ha ocurrido preguntar alguna vez por qué en lo más alto de la torre de la Magdalena se ve un gallo que parece dominar a todo el barrio? No habeis reparado como gira sin cesar sobre su pata, negro, erguido, aplastado y sin plumas? Pues bien, yo os contaré la historia de otro gallo semejante, que no por ser antigua, deja de encerrar saludables enseñanzas....

Erase, una vez, en un corral una her-

mosa gallina negra que vivía plácida-mente, rodeada de numerosa y rolliza prole, que la Providencia le había depa-rado; si bien entre sus hijos había uno que se distinguía por su extraña manera de ser.

Este Benjamin, aborto de la naturale-za, solo tenía un ojo, una ala y una pa-ta, hubiérase dicho al verle que la espa-da de Salomon, había ejecutado en él, aquella famosa sentencia que el Sábido Rey pronunciara en cierta ocasion. La deformidad le había vuelto altanero y orgulloso; con frecuencia se le subía á las barbas á su padre, que era el gallo mas honrado, valiente y galán, que ha habido, hubo y habrá en toda la comar-ca, á 20 leguas á la redonda.

Además, este descastado volátil, se tenía por el fénix de los de su raza; si sus compañeros se burlaban de él creía que era porque le tenían envidia; si las pollas se le reían, era de despecho por-que á ninguna se dignaba hacerles caso.

Un día le dijo á su madre con cierto desdén.

—Mamá, me fastidio, el campo me aburre, quisiera viajar, ir á la Côte, ver á los Reyes y conocer el gran mun-do.

Al oír esta pretension, fué presa la madre infeliz de terrible angustia y se le puso la carne..... de gallina.

—Hijo mio, exclamó; ¿quién te ha me-tido en la cabeza semejante disparate? Tu padre, orgullo de la familia, jamás ha salido de aquí; tus antepasados aquí dieron su postrer canto..... Por otra par-te ¿en dónde has de hallar un corral como el nuestro, un estercolero tan

abundante, una comida tan excelente, un gallinero tan seguro, y una familia tan cariñosa? Desecha ese pensamiento, re-flexiona y verás como tu madre tiene razon.

—*Nego*, respondió en latin *Medio pol-lito* queriendo hacer alarde de una eru-dicion que no tenía; mis hermanos son unos ignorantes, y unos palurdos mis primos, con los que me es imposible al-ternar.

—Pero, hijo mio, observó la madre, como último recurso, y haciendo de las tripas corazon; ¿no te has mirado en el espejo alguna vez? ¿No has reparado en que te falta un ojo, una ala y una pata?

—Y es V. quien me echa en cara es-tos defectos? replicó iracundo *medio pol-lito*. V. es quien debía morir de ver-güenza, viéndome en tal estado, porque V. tuvo la culpa y sino dígame; ¿he salido de algun huevo de gallo?

—No hijo mio, dijo la gallina; de esos huevos no salen mas que basiliscos, aun-que bien pudieras tu pasar por tal; del último huevo que había en mi oveja has salido, pero que le hemos de hacer si eres chiquitín é imperfecto?

—Todo se arreglará, murmuró *Medio pollito*, poniéndosele la cresta roja de púrpura; ya buscaré un cirujano hábil, que me ponga de plata los miembros que me faltan: así que, basta de sermones; me marcho.

Cuando la pobre madre vió que no ha-bía modo de disuadirlo le dijo.

—Hijo mio, escucha por lo menos los prudentes consejos de una madre. Al pasar por las iglesias no te detengas si ves alguna estatua de San Pedro. Desde

cierta noche, este santo no tiene afición á los nuestros y menos aun le gusta oírles cantar. Huye de ciertos hombres, á quienes el vulgo llama *cocineros*, que son nuestros mortales enemigos. Haz siempre todo el bien que puedas y ahora, hijo mio, que Dios te guarde, que te guíe el glorioso San Rafael, patron de los caminantes. Marcha y pide á tu padre la bendición.

*Medio pollito* se acercó al autor de sus días, bajó el pico para besarle la pata y le pidió la bendición. El honorable padre se la dió con mas énfasis que ternura porque no le amaba á causa de su mal carácter. La madre se volvió, no tanto para ocultar su emoción como para enjugar con una hoja seca, las furtivas lágrimas que de sus ojos se desprendían.....

Insensible á estas escenas *Medio pollito*, sacudió el ala, cantó con desenfado tres veces y se puso en camino sin volver la vista atrás.

No bien había andado cuatro pasos, cuando dió con el nacimiento de un arroyuelo que el verano había casi secado. Algunas pajas interrumpían el curso de la corriente que á penas y con trabajo se deslizaba; el arroyo luego que al viajero vió, le dijo:

—*Amigo mio*; mira que débil estoy; en el estado de postración en que me ves, no tengo fuerzas para arrastrar estas hojas que ciegan el cauce, ni tampoco para dar un rodeo y evitarlas. Tu me puedes aliviar quitando estas hojitas con el pico, y en pago de tus buenos oficios apagarás la sed, sin contar con que jamás olvidaré el servicio que me prestas y sabré recompensarte así que las nubes del cielo me hayan devuelto todo mi vigor.

—Fácilmente puedo hacer yo lo que tu me pides, respondió el mal educado, pero no me dá la gana; tengo yo traza de lacayo? y habia de serlo de un riachuelo de miserable aspecto?

—Algun dia te acordarás de mí, murmuró el arroyuelo, con apagada voz.

—Bravo, replicó *Medio pollito*; has puesto un terno á la lotería, ó confías para salir de madre con algun otro diluvio?

No muy lejos de este sitio tropezó, con el viento, que yacía en tierra casi moribundo.

—*Señor caminante*, le dijo el pobre enfermo, en este mundo todos tenemos necesidad unos de otros. Acércate y mírame; ya ves á que extremo me ha reducido el calor de un dia de verano; á mí tan fuerte, tan potente que azoto las olas del mar, talo los campos, destruyo todo lo que se me resiste, la canicula me ha muerto. He querido jugar con las flores, su perfume me ha embriagado, desfallezco. Si tu quisieras levantarme con el piquito, dos dedos del suelo solamente y abanicarme con el ala, podría facilmente recobrar el vuelo y alcanzar la caberna en donde mi madre y mis hermanas las tempestades, trabajarían para volver á unir las nubes que he desgarrado y á su impulso recobraría todo mi poder.

—Caballero, respondió el perverso corazón, su señoría no se acuerda de las veces que sorprendiéndome por detrás, me ha puesto la cola en forma de abanico, siendo el haz me-reír de los demás. A cada cual le llega su San Martín, y á su señoría le ha llegado el sayo; conque abur.

Dijo; cantó tres veces haciendo la rueda y prosiguió la marcha.

A lo lejos descubrió una columna de humo que se elevaba de un campo de rastrojo, al que los segadores habían puesto fuego. *Medio pollito* se aproximó y vió una chispa cubierta de cenizas que la ahogaban.

—*Querido*, le dijo, sálvame la vida, me muero por no tener combustible, dame unas pajitas para reanimarme; yo no se que vida lleva, el viento, mi vecino, que es mi sosten en los momentos de desfallecimiento.

—Qué tengo yo que ver contigo? respondió cínicamente el viajero; reanímame si es tu gusto, sábetete, que yo no tengo intención de ayudar, mas que á los que alguna vez pudieran serme útiles.

—¡Quien sabe, respondió la chispa, si algun dia tendrás necesidad de mí ninguno puede decir, de esta agua no beberé.

—Ahl replicó el malvado, lo tomas por donde quema? pues mira; y escarbando con rabia, se puso á saltar con insolencia, y á cantar como si hubiese hecho una bella acción.

Encaminóse á la Côte; luego que hubo le gado, al pasar por delante de una iglesia preguntó á los transeuntes á quién estaba dedicada.

—A San Pedro le contestaron.

—Hombre! Conque aquí vive San Pedro? que me place y encarándose á la puerta, en donde estaba la estatua del Santo, con el ala puesta en jarra, se puso á cantar no solo por desobedecer á su madre, como para ser irreverente con el Santo.

Después se dirigió al Palacio Real, disponiéndose á entrar, los centinelas le gritaron:

—No se pasa.

Como era duro de mollera y á toda costa quería meterse, dió la vuelta y por una puerta escusada se escurrió hasta llegar á una sola en donde había mucha gente vestida con túnica blanca que le llamó la atención.

—¿Quiénes son esos? preguntó:

—Los cocineros de S. R. Magstad, le respondieron.

Y en lugar de huir como su madre le había aconsejado, entró descaradamente con la cabeza erguida y la cola en ristre; mas de improviso un marmiton le echó la mano y en un abrir y cerrar de ojos le retorció el pescuezo.

—Chico, gritó al pinche de cocina, trae agua caliente para escaldar á este mequetrefe.

—Doña Cristalina, hermosa amiga mía exclamó *Medio pollito* al ver el agua: por favor no me escaldeis, tened compasión de mí.

—Tunante, tuviste compasión de mí, replicó el agua hirviendo de cólera, cuando te pedí que me socorrieras? verás; y sin aguardar razones lo escaldó de arriba abajo, mientras que el marmiton le arrancaba las plumas; era duro de pelar.

Después de esta operación el cocinero lo puso al fuego en una cacerola.

—Fuego, murmuró el infeliz; tu que tan poderoso eres, muévante á compasión mis desgracias; calaa tu ardor, apaga las llamas, no me quemes.

—Bellaco, respondió el fuego; te atre-

ves aun á implorar gracia despues de haber en vano intentado, apagar me cuando creias no tener necesidad de mí? Espera, y en vez de comunicarle lento calor como con los demás pollos hacia, se encendió en ira de tal suerte que lo puso negro como el carbon.

Viendo el cocinero que en tal estado era imposible servirlo en la mesa del Rey, lo cogió con las tenazas de una pata y lo arrojó por la ventana.

Pero ¡ay de mí que allí estaba el viento en aecho y cogió por su cuenta al infortunado.

—Señor Viento, balbuceó desesperado *Medio pollito*, querido, respetable, tremendo Señor! Vuestra merced que reina en todo el mundo y á nadie obedece; Vuestra merced que entre los poderosos es el mas potente; tenga piedad de mí. Condúzcame á ese estercolero en donde tranquilamente pueda para siempre descansar.

—Yo, dejarte, rugió el viento, *nunca, nunca, nunca*; y dándole vueltas en el aire con vertiginosa rapidez lo lanzó impetuoso hácia el tejado de la iglesia, dejándolo aplastado.

San Pedro entonces estendió la mano, ensartó con la espada al irrespetuoso insolente, y para escarmiento y eterna memoria lo puso en la punta del chapitel.

Allí está, y estará por siempre jamás. Allí lo vereis seco, negro, aplastado, sufriendo los rigores de la lluvia, quemado por el sol, atormentado por el viento que le hace dar sin cesar vueltas y vueltas, soplando por detrás; por detrás que era lo que no podia tolerar cuando en su corral vivia.

Es el ludibrio de los elementos que despreció en vida.

Hasta ha perdido el nombre, ninguno lo conoce por el de «*Medio pollito*.»

Todos le dicen «*Veleta*.»

Ahora bien ¿Sabeis por qué está allí? Para espiar sus pecados; *la dureza de corazon, el orgullo, la falta de respeto y la desobediencia.*

De (*El Pilar*.)

## LEYENDA.

### Nuestra Señora de los Angeles.

Stella matutina.

—Los dioses se van, me decia no hace mucho un filósofo, y el mundo está de enhorabuena. Sí, la fé agoniza, y sin dificultad podemos prever el dia, en que la razon ha de disipar las tinieblas de la ignorancia, y precipitar del trono de los cielos todos esos mitos que la supersticion y credulidad han inventado.

—Y estará muy bien hecho, respondí yo en tono de sarcástica aprobacion; libremos al orgullo humano de la idea de Dios, que pesa como la mayor de las tiranías. Emancipemos las pasiones que se indignan contra el freno impuesto por el temor del cielo. Destruyamos para siempre la religion, ya que es un pe renne obstáculo contra los malos instintos, y viciosas inclinaciones; luego que hayamos conseguido asegurar la impunidad al crimen y á la violencia; así que hayamos despojado al débil de toda proteccion, y al oprimido de toda ulterior esperanza de consuelo; entonces habremos merecido el titulo de bienhechores de la humanidad.



Era muy cerca de mediodía, y caminábamos á través de los bosques de Livry. El cielo estaba cubierto de ligeras nubes blancas que se asemejaban á una tela de gasa bordada de oro, y que atenúan el calor del día. Además por encima de nosotros desplegaban los árboles á treinta pasos en derredor sus verdes copas, cubriendo de fresca sombra nuestro camino.

—¿Cómo es eso, me dijo mi compañero, que hoy sábado se hallan inundados todos los senderos por esa multitud de gentes, que solamente en los días festivos suelen pasear por aquí?

—Probablemente vendrá toda esa multitud de alguna fiesta filosófica celebrada en alguno de los vecinos lugarejos. Queréis que sigamos sus pasos?

—Corriente; así sabremos cual sea el objeto que atrae semejante gentío. Pero notad, que no solo se compone de ociosos parisienses, sino de personas de todas condiciones y países.

Y sin temer las espesas columnas de polvo que aquellas muchedumbres levantaban con sus piés, nos unimos á ellas, sin que pudiese adivinar el filósofo á donde le conducía.

—Es una historia muy reciente, le dije, y que apenas data de unos seis siglos y medio.

Fué allá por el mes de diciembre del año 1212, dos años antes de la batalla nacional de Bouvines. Felipe Augusto andaba soberbiamente ocupado en el engrandecimiento de sus Estados y embellecimiento de su capital: pero no alcanzó á establecer, ni aun en sus propios dominios, una policía exacta, ni siquiera

una mediana seguridad en los caminos mas próximos á Paris, sobre todo cuando los caminantes cometían la imprudencia de pasar por medio de los bosques.

La colina de Livry no se parecía, como hoy, á un bonito jardín, geométricamente cortado, de hileras de árboles plantados á cordel, derechos, frondosos y bien cuidados. Era un verdadero bosque, que ocupaba varias leguas cuadradas. Los pocos senderos que á él conducían, seguían tortuosamente las desigualdades del terreno, y unas veces se estrechaban entre rocas, otras se perdían bajo espesas bóvedas de ramaje, donde se estancaba en negros pantanos el agua verdinegra y corrompida.

Inútil hubiera sido buscar allí alguna bonita aldea, ó algun lugarejo siquiera; apenas se descubría alguna que otra miserable choza levantada por los leñadores. Las poblaciones mas inmediatas distaban todavía mucho, y los lobos y salteadores eran los únicos habitantes del bosque.

Nada, tenía por consiguiente de extraño, que, al entrar los viajeros en aquella espesura se hallasen poseídos de un espantoso terror. Y sin embargo, tenían que acostumbrarse á viajes difíciles y peligrosos. Toda la Francia se hallaba entonces cubierta de emboscadas y eso que las tierras del rey aun eran las mas protegidas y resguardadas. No solamente las gentes del pueblo, sino tambien los ladrones mas ricos y los mas encumbrados barones, siempre que habian de pasar de una á otra provincia sin una escolta respetable, tenían buen cuidado, antes de emprender el viaje, de que sus

capellanes rezasen largas oraciones, y de dictar su testamento.

A pesar de todas mis investigaciones, no he podido averiguar, si los tres Anjovinos que en aquel día atravesaban el bosque de Livry, habían, ó no, adoptado esta precaucion. Quizá pensarían que su misma pobreza les pondría en cubierto de todo ataque, y que, á la verdad, su miserable equipo no sería el mas á propósito para escitar la avaricia de los ladrones. Lo mas precioso que entre los tres llevaban, era un saco de una tela grosera, sostenido sobre sus espaldas por unos cordeles de cáñamo y en el cual llevaban encerradas sus extrañas mercancías.

Iban envueltos en largos sayos de estameña que les llegaban hasta debajo de las rodillas, consistían sus sandalias en una simple suela de madera, y por toda arma llevaban un grueso baston de cerezo silvestre, dividido por tres nudos, y que al mismo tiempo les servía de caña para medir.

Además iban tres juntos; cualquiera de ellos hubiera temido entrar solo; pero, si bien cada uno en particular desconfiaba de sus propias fuerzas, ponía toda su confianza en el valor de los otros dos, y de este modo entraron en el bosque.

Llamábase Fermin el que caminaba delante y servía de guia á los otros dos, privilegio debido á su edad y á su larga esperiencia. Treinta años hacia que iba llevando de cabaña en cabaña, sus telas, sus burdos paños y sayales. Conocía perfectamente todos los caminos y sabía á ciencia cierta en donde podría ser mas

productora la venta; así es que con razon se habia encargado de la direccion del viaje.

Narciso, que caminaba detrás de él, era un arrogante jóven de 24 años, casado hacia un mes, y que emprendía entonces, en compañía de su suegro, su primera expedicion. Era tímido y modesto, como que había sido criado por su tierna madre, que insinuára en su corazon el horror á las batallas y el temor á toda clase de peligros.

No fué menester poco para vencer su natural timidez, y los esfuerzos de su jóven esposa que no habia de tardar á ser madre, y que por todos medios procuraba retenerle á su lado.

—Va, habia dicho Fermin á su hija; á los veinte años comencé yo á viajar, y siempre he vuelto á casa sin novedad. Nada tienes que temer, no se apartará de mi lado, y te lo volveré sano y salvo.

Resignóse, al fin, y dejó partir á su marido. Al abrazarle en su despedida, murmuró en voz baja á su oido:

—No te olvides de la Virgen Nuestra Señora, y en todos los peligros invócala con fervor.

Así lo prometió Narciso, y esta seguridad calmó la inquietud de su esposa. Siguióle hasta una colina próxima, y mientras que pudo verle en la llanura, cuantas veces volvió él la cabeza, la vió de pié en el mismo sitio haciéndole señas con la mano. Así que la distancia lo puso fuera del alcance de su vista, volvió á su casa con los ojos anegados en lágrimas, el corazon sumido en un mar de inquietudes y el ánimo asustado con mil tristes presentimientos.

(M. L. A.)

(Se continuará.)